Vicenta Castro Cambón

A la tuna

CIERTO día me dijo una chiquilla:
“Quiere dar un paseo mi muñeca
y la llevo a la quinta. ¿Me acompañas?...”
Imposible negarme: fui con ella.

Con la gracia pueril de los tres años
cantaba a su bebé mi compañera
y a veces el paseo interrumpía
para jugar del sauce con las hebras.

Yo escuchaba el murmullo de las hojas
que movía la brisa de la siesta
y hasta se me antojaba que la fronda
aplaudía el capricho de la nena.

¡Qué buenas son las plantas! me decía
y dejábame guiar por la pequeña
sin poder sospechar, oh tuna mala,
que tu saña aguardándome estuviera.

Pasamos junto a ti; sin advertirlo
te rocé y de tus pencas la más gruesa
asestando en mi frente un fuerte golpe
la cara me dejó de espinas llena.

Tuna! Si alguien caer hubiera visto
sobre el rostro indefenso de la ciega
esa vara cual látigo de fuego...
con qué odio y rencor te maldijera!

Pero... nadie la vió; sólo los sauces,
el laurel y la tierna madreselva
testigos fueron de tu acción innoble.
Tampoco yo maldije su fiereza.

Espinas más agudas que de tunas
hallamos en la vida con frecuencia
que lastiman, no el rostro sino el alma,
y la herida que causan es eterna.

Arrancar de mis sienes y mejillas
una capa de agujas fué tarea

que afligió a los de casa aquella tarde
y puso mi paciencia a duras pruebas.

Y a pesar de mis lágrimas, reía
comentando la bárbara ocurrencia:
cuando al alma no llegan las espinas
la risa borra del dolor la mueca.

Porque sólo en mi rostro hiciste blanco
perdón hallaste, tuna de mi huerta;
mas si en vez de mi rostro, tus espinas
hirieran un dedito de la nena,
de la querida nena que conmigo
jugaba y que hacia ti me condujera...

A una mariposa

MARIPOSITA sutil
tú lejos del lodo habitas
porque tus tenues alitas
te elevan a cimas mil.

En cada flor un panal
te prodiga la Natura
con miel de suave dulzura
que no ha de saberte mal.

Para tu sed, en las hojas
hallas gotas de rocío,
y vuelas a tu albedrío
sin ansias y sin congojas.

Nadie envidiará tus galas
ni tu existencia dichosa,
pero yo sé, mariposa,
que alguien envidia tus alas...

Te elevas a cimas mil
por gracia de esas alitas,
y lejos del lodo habitas,
mariposita sutil.

Lo que me agrada

Me agrada, oyendo música,
estar callada y sola
para que el pensamiento,
a impulso de las notas,
vagando libremente
todo lo azul recorra.
Hallarme entre las plantas
cuando una que otra gota
me advierte que la lluvia
esté cercana, y pronta
a saciar de las flores
la sed que las agosta,
y a dar verdor al campo,
y a refrescar la atmósfera.
Y luego, cuando cesa
la lluvia, me alboroza
oir a los horneros
que ríen mas que entonan
su canto, porque hay barro
para su nido en obra.
Y cuando ni sonido
ni ruido alguno roza
mi oído, me embelesa
percibir el aroma
de alguna flor que a mi alma
le dice: no estás sola...
Y por fin, en los días
que me traen congojas,
los versos ¡oh! los versos
me alientan y confortan,
más si dicen de un alma
las virtudes heroicas
o si pintan bellezas
que mis ojos ignoran.
Pero, más que la música
del piano y aves todas,
y más que los mensajes
de nubes y corolas,
más aun que todo eso
y —poeta: perdona—
más aun que los versos
que mi espíritu arroban,
deléitame una lengua
pueril cuando destroza
las fáciles palabras
de nuestro rico idioma,
porque esa lengua dice

con voz que suena a gloria,
que no es como mi senda
seca la tierra toda,
y que hay luz y rocío,
y que el rosal... da rosas.

Entre sueños

EL sueño espero y el sueño viene;
toca las puertas de mis sentidos
y las entorna discretamente,
porque es el sueño discreto amigo.

Me halla tejiendo una flor y como
para acabarla tiempo le pido,
el sueño espera condescendiente
y yo, entre sueños, tejiendo sigo
una flor blanca cuyo perfume
no es para tu alma desconocido:
tomo los hilos de un sentimiento
que ya otras veces pintado has visto.

Como mañana de mi alma esperas
una flor fresca, con mi cariño
tejo “Entre sueños”, mientras el sueño
cierra las puertas de mis sentidos.